

El progreso humano vive de esa triple manifestación incesantemente renovada. El que emplea su conciencia, gasta su alma y agota su vida para edificar lo verdadero se llama Voltaire; el que edifica lo bello se llama Shakespeare; el que edifica lo justo se llama Jesús.

No hay ningún genio que no haya trabajado, no hay un grande hombre que no haya llevado su conciencia, su alma, su piedra, á uno de esos tres pilares del frontón infinito que llaman Verdad, Belleza, Justicia. Algunos han trabajado en dos. El que trabajase en los tres, ese se aproximaría á Dios.

Poner la conciencia fuera de sí, transformarla lentamente y día por día en realidades exteriores, acciones ó trabajos; nacer con las ideas, morir con las obras; en una palabra, edificar el ideal, construirlo en el arte y ser el poeta, construirlo en la ciencia y ser el filósofo, construirlo en la vida y ser el justo, tal es el objeto del destino humano.



UN ATEO



principios del año de 1852 estaba yo en Bruselas. Un día alguien empujó mi puerta y entró. Era un joven de sonrisa franca, de mirar vivo y sincero, vestido con cierto esmero elegante, dejando ver la blancura de su ropa, un chaleco de terciopelo con botones cincelados, guantes de color de paja, una flor en el ojal y un junco en la mano. A la pregunta que le dirigí, me contestó:

—Soy sacerdote. O, mejor dicho,—repuso,—lo he sido. No lo soy ya. He dejado lo falso por la verdad. Hoy, caballero, soy lo mismo que sois vos, un proscrito.

Rogué al proscrito que se sentara.

—Me llamo Anatolio Leray,—me dijo.

Hablamos. Me refirió su vida. Lo habían educado de tal modo, que un día, á los veinticinco años, se había hallado sacerdote. Aquello le despertó. El ensueño de una larga educación mística se había como disipado para Anatolio Leray el día en que vió, brus-

camente, en plena juventud, un muro, un muro infranqueable, un muro de sombras y de granito, el sacerdocio, levantarse entre la naturaleza y él. Su primera misa le había producido el efecto de su última hora. Al bajar del altar, se había aparecido á sí propio como un espectro. Permaneció atónito, con la mirada fija en el terror de la vida imposible.

Tenía veinticinco años; sentía toda la creación en sus venas; estaba, por voluntad de la realidad, lleno de la savia universal; y se veía obligado á declararse que, para él, en adelante, aquella fermentación de los instintos no era más que un hervor de faltas. En una palabra, carecía de vocación; y se asustaba de reconocerlo tan tarde.

Aquella resistencia del cura al sacerdocio creció en él silenciosamente durante varios años; luchó, se irguió, se atormentó el corazón en lo que se le había impuesto como deber; fué severo, leal y honrado con respecto al altar; en fin, después de muchos sufrimientos, salió vencido de la lucha. Es decir, vencedor. El hombre triunfó del sacerdote. Anatolio Leray cedió á la juventud, á la vida, á la santa é irresistible naturaleza. Esas son las mismas palabras que usaba al explicar el hecho. Y lealmente, prefiriendo ser llamado apóstata por Roma que hipócrita por su conciencia, se retiró de la iglesia.

A quien sale de aquel lugar severo, sólo se le abre una puerta, la democracia. Su pendiente natural también le conducía á ella. Antes de ser hombre de iglesia, era hijo del pueblo. Anatolio Leray pertenecía á una pobre familia de campesinos de Bretaña. Había vuelto, por consiguiente, á entrar en el pueblo naturalmente, como una gota de agua vuelve al Océano. Se encontraba allí bien.

Refería esas cosas sencillamente, con una especie de candidez elocuente y firme. Su *recaída* en el pue-

blo le había dado madurez. Existía en él un pensador político. Había escrito en varios periódicos. Era un revolucionario palpitante de convencimiento.

De la exposición de su vida pasó á la relación de sus ideas. Yo le escuchaba.

En cierto momento le ocurrió algo que se parecía á una explosión.

Lo que sigue es una reproducción de sus ideas, sin duda en otros términos; pero, fuera de eso, rigurosamente exacta; quizá no literal; pero, de seguro, fiel.

—Mire usted, caballero,—exclamó,—que todo esto sirva á lo menos de lección. En adelante la democracia debe obrar. Hay que hacer de nuevo al hombre y volver á empezar el pueblo en los niños. En la educación debe enseñarse la lógica de la Revolución.

—También es esa mi opinión,—le dije.

Se iba animando.

—Para mí, la educación entera está en esto: extirpar del espíritu humano toda especie de supernaturalismo.

—¿Qué entiende usted por eso?—le pregunté.

—Entiendo que el hombre está perdido por sus fantasmagorías religiosas. Las supersticiones ahogan el porvenir. Mientras las naciones respiren en la tierra un fanatismo ambiente, no contéis en la razón humana. Ese viejo espíritu humano se hunde ahogado y se ahoga en las quimeras sagradas y hace agua por todos lados. Agarrémonos á las realidades inmediatas. Dos y dos son cuatro; no hay salvación fuera de ahí. Establezcamos la filosofía sobre el hecho. Que no se admita nada que no sea posible comprobar humanamente. No aceptemos más que lo visible y lo tangible. Quiero que toda mi creencia quepa dentro de mis diez dedos. ¡Guerra á lo maravilloso! Que el pueblo no crea en nada fuera de sí mismo. Pongamos

en la cuna lo que se ve, el germen; pongámos en la tumba lo que está en ella, la nada. Rechacemos, arro- jemos todos esos ensueños de seres del lado de acá de la tierra, y de vida más allá de la vida. Suprimamos el cielo. No hay cielo. Estamos en el cielo. Nuestra tierra gira en él. El cielo no es más que eso. Racioci- nemos claro y firme. ¡Muerte á los ensueños! El que no quiere la fruta, corta el árbol. Quitemos todo pre- texto á las religiones.

—¿Cuáles son, pues, sus opiniones religiosas?—le dije.

Me contestó:

—He sido educado en el seminario.

—¿Y qué?

—Soy ateo.

—Si pretende usted sacar una consecuencia,—le observé,—no podría admitirla. Por haber guardado un rebaño de cabras, no se convierte uno en Giotto; un colegio de jesuitas no tiene por producto necesario á Voltaire. Además, le escucho á usted; sírvase con- tinuar.

—Pero,—repuso,—no tengo más que añadir; lo he dicho todo. Desprenderse de las hipótesis. Salir de la cárcel de las quimeras y hacer que se escape de ella el género humano, viejo cautivo que todas las religio- nes tienen bajo llave. Eso es, ni más ni menos.

—No quiero tampoco,—le dije,—hipótesis que se convierten en supersticiones y quimeras, dentro de las cuales se quisiera encerrar á la razón humana. Parecería, pues, que tenemos, usted y yo, igual pen- samiento. Sin embargo, no creo que estemos de acuer- do. Precise usted.

—Pues bien,—contestó,—supresión completa de lo que los espiritualistas llaman ideal. El ideal es su- pernaturalismo. Quitemos el supernaturalismo del mundo, es decir, arrojemos á Dios; quitemos el su-

pernaturalismo del hombre, es decir, arrojemos el alma. Nada eterno y nada inmortal. Demos esas ver- dades como fundamento de la educación. Todo está ahí. He concluído.

—Si casi no ha comenzado usted,—repuse.—A juicio de usted, pues, ¿qué es el mundo?

—Pura materia.

—¿Y el hombre?

—Pura materia.

—¿Distingue usted entre materia y materia?

—Sería insensato. La materia es igual á la mate- ria. Esa es la gran base de la igualdad.

—Pero ¿y los organismos?...

—Los organismos no son más que modos. Esos modos de la substancia, fatales y ciegos en sí mismos, engendran esos espejismos que hacen una especie de escala de nubes, y que ustedes nombran primero in- teligencia, luego conciencia, luego alma, peldaños de la escala que sube á Dios. Esa escala está aplicada al andamiaje de todas las religiones. Se trata de derri- barla. Hay que romper todos sus escalones, el escalón Dios, el escalón alma, el escalón conciencia, el esca- lón inteligencia. Y hasta el escalón organismo. ¡Abajo el organismo si se vuelve maravilloso!, es decir, si se pretende sacar ó deducir de las diversidades del or- ganismo una superioridad cualquiera de una forma de la materia sobre la otra. ¡Abajo la aristocracia de los organismos! Modos que se desvanecen, no son más que figuras de la Nada. Todo vuelve á ser átomo; átomo indivisible é inconsciente. Si un átomo fuese superior á otro, sería Dios. Quien dice materia dice igualdad. La materia es adecuada á sí misma.

Le miré fijamente.

—¿De modo que el mosquito que vuela, que el cardo que brota y el guijarro que rueda, son iguales al hombre?

Hubo en él un instante de duda; luego contestó con una lealtad que parecía en su ser más poderosa que su misma voluntad:

—Es usted duro; pero el silogismo es verdad.

—Los lógicos rectilíneos,—le dije,—son raros. Raciocina usted con rectitud y con inflexible buena fe. No debo abusar de ello. Renuncio, pues, á esas durezas del silogismo extremado. Permanezcamos en el hombre; sigamos en él las premisas de usted: ni alma, ni Dios, ni supernaturalismo, ni ideal; la materia igual á sí misma. Y declaro á usted que voy á circunscribirme á uno de los innumerables aspectos de la cuestión.

—Le escucho,—dijo á su vez.

Y le pregunté:

—¿Cuál es, á su juicio, el fin del hombre en la tierra?

—La felicidad.

—Para mí,—repuse,—es el deber. Pero no se trata de mi pensamiento, sino del de usted. Alejo todas las razones sentimentales. En la balanza de la igualdad de la materia, ¿en qué cantidad la felicidad, la dicha de un hombre, es mayor en peso y en valor que la felicidad de otro hombre?

—En cero.

—Antes de ir más lejos, ¿me concede usted que, en lógica, á toda acción es necesaria una razón determinante?

—Es incontestable.

—Continúo. Por consiguiente, si se presenta una ocasión en que la felicidad de un hombre pueda ser sacrificada por la felicidad de otro hombre, ¿cuál será, en los platillos en que se pesen esas dos felicidades, la cantidad de peso excedente que pueda determinar el sacrificio del uno por el otro?

—Cero.

—Entonces,—repuse,—en lógica, permaneciendo en el hecho material, que es, según usted, la única sabiduría, ¿un hombre no tiene jamás razón ninguna para sacrificarse por otro hombre?

Toda clase de vacilación parecía haber concluído en su ánimo. Me contestó con calma:

—Ninguna.

—Y, por consiguiente,—repuse,—¿ninguna tampoco para sacrificar su felicidad por la felicidad del género humano?

Anatolio Leray experimentó un estremecimiento.

—¡Ah!—exclamó.—Si se trata del género humano, es diferente.

—¿Por qué?—le dije.—El total de una suma de ceros es cero.

Guardó silencio un momento, y luego me lanzó con cierto esfuerzo esta adhesión:

—De hecho, la verdad es la verdad. Sigue usted siendo duro, pero su silogismo es exacto.

Continué:

—No juzgo el principio de usted; deduzco únicamente su contenido. Y esa deducción la hago hacer, paso tras paso, por usted mismo. Es usted lógico, y eso me basta. Tenemos que el hombre es materia; sale de la nada y vuelve á entrar en ella; posee un día solo, sin día siguiente. Ese día únicamente le pertenece; toda su razón, todo su buen sentido, toda su filosofía deben consistir en usar de él y prolongarlo cuanto sea posible. La única moral es la higiene. El objetivo de la vida es la dicha. El objeto de la vida es disfrutar. El objeto de la vida es vivir. Esto tiene correlarios sin número; no quiero deducirlos en este momento. Me limito á preguntarle si interpreto bien su pensamiento.

—Perfectamente.

—Y en ese concepto, y á juicio de usted, un hom-

bre joven y de buena salud que sacrifica su vida por uno ó por varios otros hombres, iguales á él, semejantes suyos, átomos y materia como él, ¿qué es ese hombre?

—Una víctima; un engañado.

Nos separamos con frialdad.

Anatolio Leray marchó de Bruselas, pasó á Inglaterra y se embarcó para Australia. La travesía duró cinco meses. Al llegar el buque á la vista de la costa, se desencadenó una tempestad. El barco tocó en la playa, y los pasajeros, tanto como los marineros, pudieron ganar la tierra, unos á nado y otros en los botes; Anatolio Leray fué de los que lograron salvarse. Sin embargo, en aquel lúgubre tumulto del naufragio en que la confusión del espanto corresponde al caos de las olas y en el que cada uno sólo piensa en sí, una barca medio deshecha permanecía sin lograr salir de la tormenta, apareciendo y desapareciendo sucesivamente entre las olas, y tres mujeres se hallaban en la barca. El mar estaba aún furioso; ningún nadador, entre los más hábiles marineros, se atrevía á desafiar el peligro. Todos se contentaban con ver gotear de sus ropas el agua del Océano que las había empapado. Anatolio Leray se echó entre la espuma; luchó, y tuvo la suerte de llevar á una de las mujeres á la orilla. Lanzóse por segunda vez y salvó á otra. Sus fuerzas estaban agotadas por el cansancio y veíasele descompuerto y ensangrentado.

—¡Basta! ¡Basta!,—le gritaban.

—¡Cómo!,—exclamó,—todavía queda una.

Lanzóse por tercera vez al mar.

No se le volvió á ver.



COSAS DE LO INFINITO

1864

I



AS almas pasan la eternidad recorriendo la inmensidad.»

Eso decían, hace dos mil años, los Druidas. ¿Tenían acaso ya una especie de adivinación de la pluralidad de los mundos? Levantaban la cabeza, contemplaban las estrellas y experimentaban ese prodigioso ensueño. De aquellas estrellas no conocían, sin embargo, entonces más que lo que veían sus ojos. Hoy hemos separado un poco más el velo de Isis, y nuestra imaginación puede entrever, con alguna menor obscuridad y con mucho más asombro, lo que sería, á través de los mundos, el vertiginoso viaje sin fin.

A doscientos millones de leguas de nosotros, en esa sombra, hay un globo. Ese globo es mil quinien-